Mi hermano mayor

María Luisa Puga

♦♦♦

Yo quería al mar. Iba con mis hermanos después de la escuela, después de hacer la tarea. Caminaba por veredas y llegaba hasta el mar y eso era lo más divertido del mundo. Vivíamos al ritmo del mar. Oíamos: va a haber huracán. Hay que cerrar las puertas. Y ni de chiste ir al mar. Mi vida se volvía encerrada, como cuando me dio sarampión o me daba bronquitis. Era interminable. Ahí seguían mis hermanos, mi casa, mis padres, los objetos con los que jugaba. Pero no poder salir, no poder meterme en el agua, no poder correr en la arena era como oscuro. No me daba miedo, me daba coraje. A mis hermanos los veía ir y venir como si no hubiera ningún cambio, pero a lo mejor ellos sentían como yo. No sabíamos cómo decirlo. Yo los sentía normales. Leíamos, jugábamos adentro, oíamos la lluvia. Me desesperaba, pero no había nada qué hacer sino esperar a que el huracán terminara.

No sabía que había pescadores que vivían de pescar. Que estaban encerrados igual que nosotros, pero a lo mejor sin tanto qué hacer, qué comer, qué esperar.

Yo quería al mar porque era mi juguete favorito.

A veces, por el huracán, ni íbamos a la escuela. No pensaba en las ventajas de eso. Pensaba: esta agua es mi enemiga. Ésta no es mi agua.

Cuando el huracán pasaba y las puertas se abrían lentamente para que las secara el sol, y la rutina volvía a tomar su cauce (la escuela, la tarea y luego el mar), yo me olvidaba por completo de que cosas como un huracán podían pasar. El mar le daba continuidad a mi vida.

Desde mi casa no se veía. Creo que se oía, no estoy segura. Lo que se veía era el sol, el calor, que eran inseparables de él. Mi capacidad de bajar el camino empedrado hasta la costera en donde nos recogía el camión de la escuela. Jugábamos a ver quién podía bajarlo descalzo. Nos poníamos los huaraches en la costera y ahí nos soplábamos el sudor. Éramos cuatro acapulqueñitos que vivían su vida con completo desenfado. El mayor era capaz de bajar descalzo en la tarde, casi al anochecer, para ir por un taxi porque mis papás iban a salir. Decía: "Sentí una víbora, pero saqué rápido el pie". Nosotros lo mirábamos con admiración. El que le seguía sacaba buenas calificaciones en el colegio. Hacía que mis padres fueran a todas las fiestas de fin de año. Yo era

♦♦♦

de pasé, no con diez, pero sí con ocho, y mi hermana la chiquita, que hacía todo lo que hacíamos nosotros, aunque era bien chiquita, quería andar con nosotros todo el tiempo.

Por las tardes el mar nos recibía a todos como si fuéramos iguales. No veíamos a nadie. Éramos nosotros cuatro, solos, y cuando el mayor decía: "Ya hay que regresar", todos sabíamos que había que regresar porque se acercaba la noche.

Y la noche, en un lugar en donde hay mar, es de los pescadores, no de nosotros.

Se trataba de llegar antes de que las luces de la casa estuvieran encendidas, porque si no, a mi hermano mayor le iba mal. Corríamos como locos, como si nos persiguieran los monstruos de los libros que leíamos. Conocíamos cada vericueto de la vereda que llevaba del mar a nuestra casa, pero a medida que se iba oscureciendo nos llenábamos de temor. Pensábamos que una culebra podría estar anillada ahí en donde íbamos a poner nuestros pies descalzos. Creo que hasta sentíamos frío.

—¡Alcen mucho los pies al pisar! ¡Córranle duro!—, decía mi hermano mayor.

Y como si viniéramos perseguidos por mil dinosaurios, por mil *terminators*, por mil *serial killers*, corríamos como locos. Mi hermanita no daba la menor lata. Corría más rápido que yo, me rebasaba. Yo me quedaba en la cola, hasta atrás. Los demás se detenían, me esperaban. Me gritaban: "¡Apúrate, apúrate!" Yo corría llorando: me daba miedo el camino. El mar me daba miedo. Yo corría pensando, me dan más miedo estas piedras, estas yerbas, este castigo que puede recibir mi hermano mayor. No sé por qué nunca me preocupé por el otro hermano. Recibía premios en la escuela, era el mejor. No sé por qué pensé que mis papás iban a entender eso, y yo caminaba con gran meticulosidad, fijándome en dónde pisar. Mi hermanita era una atrabancada. Agilísima, seguía a mis hermanos como robot. No lo pensé en ese instante, no me lo dije así, pero sentí que a esos dos hermanos, al aplicado y a la chiquita, no los iba a agarrar el adentro. Pero corrí como loca pensando que al grande lo iban a castigar.

Llegamos. Era un día común y corriente, pero nadie nos hizo caso. Nos bajamos, echamos relajo, nos fuimos a merendar, y aunque nuestros padres estaban ahí, no aparecieron. Nos atendió la sirvienta.

Pudimos comer lo que queríamos, dejar lo que queríamos. Mi hermano mayor estaba un poco serio, yo creí que estaba enojado conmigo porque me tardé tanto. No había huracán. Nos fuimos a la cama. Mi hermana chiquita con sus latas de siempre y mi hermano de enmedio, haciéndole todos los mimos de siempre.

Nos dormimos. A media noche oí ruidos, voces, pasos. Mi hermano de enmedio dijo simplemente: "Duérmete". El mayor no estaba.

Lo habían mandado a traer al doctor.

Mi hermano mayor era un misterio para mí. Era como nosotros y no. Había momentos en que se levantaba en su temible estatura y decía:

—Ya. Hay que irnos. Ya. Hay que apagar la luz. Ya. Se acabó el juego. Antes de frases así era como nosotros. Pero con esas frases, con ese tono, con esa estatura, yo sospechaba que sabía cosas que ninguno de nosotros sabía, ni siquiera mi hermano el inteligente, el aplicado, el que se llevaba todos los premios.

Uno ve a la hermana chiquita y ve al hermano grande. Merecen privilegios que nosotros, los de enmedio, no tenemos. El mayor se podía quedar más tarde despierto. A la chiquita se le permitían cosas que a mí ni soñarlo. Nosotros los de enmedio nos aguantábamos. Ni siquiera hablábamos de eso. Pero yo creo que intuía una cierta envidia de mi hermano de enmedio hacia el mayor, como yo la tenía hacia la chiquita. Detestable mirruña que podía engañar a mis padres con sólo un gesto.

No importaba mucho. Yo me consolaba con el mar. Mi hermano de enmedio se conformaba con su inteligencia. Decía: "Yo gano". Yo decía: "No me importa, mientras esté el mar".

El mar borraba las diferencias. Era tan enorme, tan él, tan incomprensible, que me parecía más importante entenderlo, conocerlo, que cualquier otra cosa.

Los caminos hacia el mar comenzaban con los permisos. Seguían con la vereda, terminaban en la arena, frente al mar.

—Cuidado que hoy está picado —decía el mayor, clavándose en la ola más alta como un delfín.

El mar lo quiere, pensaba yo asombrada. Lo quiere más que a nosotros, chaparritos, torpes, llenos, llenos de ignorancia. El mayor se abrazaba a las olas, subía, bajaba, salía con la cara chorreante, jadeante. Nosotros en la orilla, salpicándonos apenas.

Yo quería ser como él. Que el mar me quisiera como lo quería a él.

Por eso, aquella noche que desperté por todos esos ruidos apagados y lo busqué para que me dijera una de sus frases: "Ya hay que dormirse. No retocen". Y me dijeron que lo habían mandado a buscar al doctor, pensé: "Él sabe cosas que yo no sé, pero las adivino".

Mis hermanos dormían como si la gorda señora rutina siguiera ahí.

Por la mañana supe sin que nadie me dijera que mi madre había muerto.

No vi a mi hermano mayor. Lo imaginé nadando furiosamente en el mar. No vi a mi hermano el de enmedio. Lo imaginé consolando a mi padre. Vi a mi hermana chiquita, que no entendía nada de nada. Le habían dicho que mi mamá se había ido en un viaje. Le habían dicho que yo la cuidaría.

Y entonces supe que el mar me había quedado lejos... que ya nunca... que...

Bueno, eso pasó.

Ahora sólo queda mi amor por el mar teñido de cierto horror. ♦

